

toria, fué una especie de I fanta vieja, criada en el odio al Austria, que se entretenía en maldecir de su sobrina María Antonieta, poniéndola el nombre de austriaca, que tanto le desdoro en el concepto público, y tanto la empujó del trono al cadalso. Bien es verdad que no tuvieron escasa participación en la desdicha de su hija y hermana la Emperatriz María Teresa y el Emperador José II. Imprevisor, aturdido, voluntarioso, éste último; tomando las temeridades propias de su mediana capacidad por inspiraciones y arrebatos de genio; emperrado en emular con un hombre tan extraordinario de suyo cual Federico II; como acabara sin sucesión el Elector de Baviera, empeñóse, por su pueril testarudez, en heredarlo, recortando una parte de sus dominios, y armó con Prusia por esta herencia una guerra, en la cual contaba el Estado este su enemigo con el auxilio patente de Sajonia y Hannover, con la complicidad secreta de Rusia, con la opinión universal de Alemania, con la sublevación de Baviera, que á todo trance quería su integridad y juraba resistirse hasta el último extremo antes que consentir la propia disminución y las anexiones de territorios suyos á la invasora imperial Austria. En tanto aprieto apeló el Austria como á un último recurso, á la pobre Antonieta, y la cercó de influencias, á cual más poderosa y la importunó con instancias, á cual más rara, con el fin de que Francia le prestase ayuda contra Prusia y le facilitara sus proyectos de alzarse con Baviera. No podían pedir los principes austriacos intervención en sus asuntos más opuesta de suyo á los intereses del pueblo francés. Convenía mucho á ésta que no se dilatase Austria por Occidente y no constituyese una enormísima mole, la cual pudiese precipitarse con gran pesadumbre y estruendo sobre su propio territorio. Sin embargo, hasta María Teresa, como José II, hallábanse muy empeñados en que volviera su poder, influyó la infeliz Reina contra Francia su favor de Austria, pues para eso le procuran el excelso matrimonio y pusieran en el trono. A mayor abundamiento se le ocurrió al Emperador el disparate de comenzar tal conquista de Baviera en los días subsiguientes á su estado en París y á sus coloquios con la Reina. Esta, pesarosa de tener que servir á su vieja familia contra su nueva patria, no ponía el menor empeño en oír á los Emperadores, haciendo lo menos que podía, y esto por viejo culto á su madre, pues la tenía sin cuidado alguno el Emperador, diciendo á cuantos le hablaban del intento loco de su hermano y de las grandes consecuencias que podría tener: «ha hecho de las suyas». Una temeridad tan grande, como lo increíble de José II, había de tener por fuerza una paz tan deshonrosa como la que siguió á su funestísimo proyecto y así la conclusión y consecuencia de todo fué que la Reina, no habiendo podido en su posición deservir á Francia, ni servir al Austria, se llevó la enemiga de todos, imputándole un interés por los suyos que no había ella tenido en aquel asunto, é imputándole los suyos una frialdad que le imponían de consuno sus más rudimentarios deberes de Reina francesa. Mas así proceden los hechos con aquellos que parecen sometidos por el hado á una trágica suerte: todos los elementos se revuelven á una en su contra. No podía, pues, evitarse la revolución.



CAPÍTULO DÉCIMO-CUARTO

Calonne y los despilfarros.

No pueden referirse las plagas y calamidades que tenían abrumado al pueblo francés por consecuencia del antiguo régimen, y así no pueden apreciarse bien las responsabilidades caídas sobre las espaldas de los reyes en el momento de aquella liquidación universal, tanto por obra é influjo de los grandes pensadores en el cambio y difusión de las ideas, como por obra é influjo de las grandes ideas en el desarrollo de los hechos transcendentales. Nunca estuvieron, durante todo aquel trágico período, los reyes firmes en un propósito consciente, ni resueltos á una finalidad concreta: ó había que combatir el antiguo régimen, como hicieron los Oranges en Inglaterra, enemigos de la reacción; ó había que defenderlo y morir con él como en Inglaterra hicieron por su parte los Estuardos también. El mayor mal, cuando se atraviesa cualquier suprema crisis, es la perplegidad é incertidumbre, de que adolecían los reyes en Francia durante la crisis revolucionaria. Nunca estuvieron por el espíritu moderno, ni por el espíritu antiguo. Nunca jamás acertaron los cuidatísimos con el medio de conservar su poder absoluto; y no pudiendo conservarlo, con el medio de preparar la sociedad y el pueblo de su tiempo á recibir, sin grave detrimento del orden, las nuevas ideas. Así que un viejo interés chocaba con un pensamiento nuevo, no sabían qué hacer. Evóquese cualquier organismo, y se tendrá la prueba de que precisaba reformarlo, atendiendo al estado de los ánimos, y no se podía por modo alguno, atendiendo al ánimo de los reyes. Entre las instituciones, que hubo precisión de abolir, se contaban los mos-

queteros, gente armada, más bien de aparato que de seguro y defensa. No hay sino recordar sus sombreros ceñidos de plumas, sus uniformes análogos á ornamentos sacerdotales y de pajes, las preseas que ostentaban, el desmedido lujo que lucían, sus vuelos y chorreras, sus espadines y partesanas, el brillo de los bordados, el aspecto y aire puramente decorativos, para convencerse de cómo, entrando por el camino de las reformas, precisaba prescindir de cuerpo tan inútil y de oficio tan baldío. Suprimiéronlo, y el clamor de las familias privilegiadas llegó hasta el cielo. Aquellos soldados, parecidos á comparsas de ópera, en el concepto aristocrático aparecían como factores indispensables al poder monárquico, de un carácter tal, que no podía vivir sin tales aditamentos y ornatos. Pues cuanto decimos de los mosqueteros hay que aplicarlo á todas las armas. Ciertamente no podían suprimirse; pero tampoco en la organización que tenían, completamente absurda, conservarse. Aquejaba entonces al ejército cuanto aquejó á las instituciones próximas al poder monárquico, el temperamento y carácter cortesanos. La Realeza convirtió el ejército feudal en ejército realista y el ejército realista en guardas adscritos á su persona y servicio. No se podía tener mando en el ejército, sin presentar antes cuatro cuarteles de nobleza, como si la defensa del suelo patrio interesase más al rico que al pobre. Parecía imposible superar tan enorme contrasentido. Pues lo superaba la triste realidad. Los regimientos eran propiedades como los ganados. Un aristócrata podía poseer un regimiento, como si fuera el regimiento bien rebaño, bien predio. El noble, alguna vez extranjero, nombraba coronel de cada regimiento á propuesta del gobierno, y luego el coronel nombraba todos los oficiales. Pero estos oficiales, después de haber probado su limpieza de sangre, tenían que comprar sus puestos por dinero. Si el antiguo régimen absoluto no hubiese tenido más lacra horrible que la venta de los oficios, aun podía esto pasar. Pero las había mayores. Esta misma venta de oficios hacía que todos los poseedores de cargos se creyeran propietarios de ellos con derecho al uso y abuso. De aquí una grande indisciplina moral en el ejército. Y de esta indisciplina, los cambios bruscos de opinión en todas las gentes de armas que unas veces propendían al régimen antiguo, y otras veces al principio revolucionario.

Pero si los reyes aparecían indecisos é inciertos, los reformadores aparecían desunidos y empeñados en una perdurable guerra entre todos sin tregua y sin descanso. Asociad el arte de Necker al pensamiento de Turgot y hubierais tenido juntas la idea y su acción. Pero mientras Turgot, á pesar de su patriotismo, aparecía como un libre-cambista exaltado, aparecía Necker, á pesar de su cosmopolitismo, como un testarudo proteccionista, merced á lo cual, queriendo ambos las reformas, disentían, en vez de hallarse acordes contra los obstáculos que las reformas suscitaban en el trono y en el pueblo. Voltaire, á quien muchos tratan de ligero, no procedía con tal extrañísima ligereza; todo lo contrario, allí donde veía un estadista combatiendo abusos, ayudábale con sus escuchados escri-

tos y se revolvió contra los enemigos del progreso en sátiras de un efecto mortal. Pero, en medio del daño que traía la perplejidad de los reyes y la división de los reformadores, la reforma se abría camino, mezclándose los ideales á las costumbres como levadura vivida y vital. El impulso reformista se conocía en que trepidaba todo espacio donde crecía el maldito árbol de la servidumbre. Para dar de reformas ejemplo, los reformistas consiguieron manumitir los siervos de aquellos terrenos, llamados en lengua castellana realengos, es decir, los siervos adscritos y pertenecientes al monarca. Este grandioso ejemplo no movió entonces á la nobleza que tan pródiga de sus privilegios se mostró dos lustros más tarde, cuando los vapores del espíritu revolucionario se le subieron á la cabeza. Imaginaba el patriciado en tal momento que se moriría de hambre, si no tomaba el venenoso sustento, llevado á su boca por la mano del siervo metida en pesada cruel argolla. Los monjes, poseedores de siervos también, aun pasaban por su emancipación, con tal que cayera sobre los conventos áurea lluvia en forma de cuantiosas indemnizaciones. Así Voltaire se desesperaba, porque, cercano á la eternidad, y viendo la perdurable noche venir sobre sus párpados, no recibía del cielo tan grande contento como asistir por lo menos á la emancipación de los siervos del Jura, cercanos á Ferney, su amado retiro, y amparados siempre así por los resplandores de su idea, como por los rasgos de su pluma. Y cuenta que había personas de buena voluntad, así entre los revolucionarios impacientes como entre los reformistas sesudos. El mismo presidente de los regios consejeros, Maurepas, con ser un viejo absolutista, un cortesano á lo antiguo, un hombre chapado al modo y manera del régimen absoluto; tan intolerante y tan intolerable, que arrojó á Necker, por calvinista, del gobierno, y no lo dejó sentarse nunca en el Consejo, aun servía con lealtad al Rey, su señor y evitaba el todopoderoso influjo de la Reina, conducente á una total perdición, por ser la Reina irreflexiva y gastosa. Pues de Malesherbes no hay que hablar. Este poseía una grande ventaja sobre Maurepas, su condición de reformista, como quien más lo fuera, y de leal á su monarca como el más entusiasta monárquico. Mucho lo repugnaba el gobierno, según les sucede á todas las naturalezas honestas; pero lo aceptó como un holocausto, debido al monarca y á la monarquía. Y así presidió una comisión de Hacienda, y la presidió con tan grande competencia como acrisolada honradez. Pero tuvo la desgracia de que Maurepas muriera sobre quien ejercía grandísimo influjo. Maurepas fué, como hemos dicho, el postrer obstáculo alzado contra la posesión por María Antonieta del poder supremo. Enseñoreada del trono, fué árbitra de Francia y entregó el gobierno á Calonne.

La corte creía que Francia era toda de oro, y que los ministros reformadores le ocultaban los tesoros nacionales pertenecientes á los monarcas, sin que debieran sufrir ninguna intervención jamás, ni ver ninguna cara de reconvencción ó despego. Con Turgot no se atrevía la Reina, porque respetaba, mal de su grado, tan grande austeridad. Pero á Necker,